

M. M.: *¿Podríamos decir que el pesimismo es un ingrediente esencial en tu narrativa o en tu mirada de novelista?*

J. M.: Que mi obra no es la alegría de la huerta es obvio. Pero que conste que sé la importancia que tiene en una novela el humor y que trabajo mucho en ese sentido. Una historia tan sórdida como la del chaval ese al que su tío da por culo, y va al cine con el protagonista y se tocan... Esto es triste pero está lleno de coña.

M. M.: *Recuerdo ese momento en el cine cuando los dos chavales espían al proyccionista y a su «novia». Ese momento es excelente, cómo el diálogo refleja el interior de los dos personajes, David y Paulino.*

J. M.: Incluso en una escena tan sórdida como la de la humillación a que es sometido David cuando va disfrazado de Amanda en el wáter, y la historia de los polis descerebrados que cuentan cómo se cargaron a un tío. Ahí rozo la caricatura, es posible. Pero me hacía mucha gracia presentar lo sórdido de manera algo ridícula. Le quise poner al final de esa escena un matiz positivo. Cuando el chaval hace gárgaras con gaseosa y va a pagar, el poli que no se ha movido de la barra le hace una señal al camarero para que no le cobre, porque siente pena por lo que ha pasado. A mí me parece que estas cosas, esta ambigüedad, esta aparente contradicción es buena. Lo mismo que el inspector de policía: es un torturador, pero también es capaz de enamorarse y de ser sensato en algunas cosas.

M. M.: *En La oscura historia de la prima Montse leemos que un personaje sufre «del terrible mal de la memoria». Tenemos Rabos de lagartija recién publicada. El sufrimiento continúa.*

J. M.: Hay de todo. De entrada, lo que ocurre es que yo hablo de un tiempo que fue un tiempo de derrota. Estábamos derrotados todos, vencedores y vencidos. Lo que pasa es que los vencedores no lo sabían, iban por ahí con una prepotencia tremenda. Aquello del «Usted no sabe con quién está hablando».

J. G.: *¿Te parece que sigue siendo difícil decir eso, que los vencedores eran derrotados sin saberlo pero que les ha costado mucho admitirlo? Y a los propios vencidos reconocer que los vencedores también eran derrotados.*

J. M.: Les está costando todavía. Pero es así. Por un lado, está esa época, que yo soy incapaz de falsear. Por otro lado, la memoria es un dolor según

dónde la toques, sí, pero en todos los sentidos. Para mí el novelista es memoria, si no sé qué es. Memoria, por supuesto, siempre a través de la imaginación. Ya puedes tener imaginación, que si no tienes memoria te quedas en Julio Verne (que ya me habría gustado a mí). Aún así, yo sospecho que incluso en la novela de ciencia-ficción a lo Verne hay un trasfondo de memoria personal que se trasluce en el texto (en un mundo futuro al que se pueden trasladar sus vivencias, incluso las infantiles y juveniles que son importantísimas, porque de alguna manera te marcan). La memoria está presente en todas partes. Lo que es interesante es esa cuestión de si los vencedores y vencidos son ya capaces en este país de mirar fríamente al pasado.

J. G.: *Yo creo que todavía no.*

J. M.: En otros países (Italia, Alemania), donde el fascismo se ha dejado sentir profundamente, han tenido ocasión de hacer examen a fondo de estas cuestiones. Aquí no se ha podido hacer. Te encuentras por ahí con gente que anda todavía pensando que son los herederos de la victoria.

M. M.: *Sigamos con la memoria y el quehacer literario. Siempre que se te pregunta sobre el porqué de dedicarse a escribir contestas, más o menos, que buscas un placer estético rescatando del olvido una memoria personal, y que definir ese placer y esa memoria te llevaría 30 ó 40 folios: ¿te decidirás a escribirlos algún día?*

J. M.: No, no creo que los escriba porque me sería muy difícil. Yo manejo muy pocas teorías sobre el oficio y no me quiero meter en honduras. Prefiero escribir a reflexionar por qué me atraen determinados temas e incluso soy reiterativo en ellos (la ausencia del padre, etc.). En el fondo hay una historia personal que tiene que ver con todo eso. Pero explicarlo me parece poco esclarecedor y, sobre todo, poco interesante. Yo me siento en una silla, pero que no me expliquen cómo se hace una silla porque me voy a aburrir, según quién me lo explique, claro está. Lo que siempre tengo presente es la hermosura, la belleza. Me gustaría escribir novelas que fuesen además de buenas, hermosas.

M. M.: *Algunas has escrito.*

J. M.: Sí, pero a veces he pensado que una novela mía falla por eso. O sea, que para mí, eso que llamo placer estético es importante. Y eso, a

veces, lo intuyo en algún personaje. Por ejemplo, mientras trabajaba el personaje de Rosa Bartra, la pelirroja, supe siempre que sería hermosa, no porque la quería hermosa físicamente, sino bella también por dentro. Y claro, hay historias que no te permiten casi ni un resquicio para eso. Un ejemplo, a pesar de que hay mucho lirismo, es *Si te dicen que caí*. Es una novela muy tenebrosa, no hay personajes hermosos de entrada. Los chavales contando historias, quizás, es lo que más se aproxima. En el mundo de los adultos, es casi imposible.

J. G.: *La negrura en este caso es un componente indiscutible de la belleza. El poder de fascinación que tiene la novela es muy alto, sólo que quizás no en función de una belleza en un sentido positivo. A veces hablamos de placer estético y lo asociamos a la belleza, pero no sé si la belleza tiene siempre el mismo componente.*

J. M.: Sí, tienes razón. Me he parado en lo estrictamente visual, por decirlo así, y eso no es justo. Me refiero, claro está, a un tipo de belleza que abarca mucho más, que va más lejos (la escenografía, los ambientes, las descripciones...). Uno de los capítulos que más me gusta de *Rabos de lagartija* es ése que está construido sólo a base de voces de vecinas que hablan de su vida. Esas cosas que no tienen que ver forzosamente con cosas hermosas, pero sí lo son, o pueden llegar a serlo.

M. M.: *No me resisto a preguntarte por el desdichado de Paulino Barolet, que ya ha salido por aquí. Es uno de esos personajes secundarios riquísimos que acostumbras a dejar en tus novelas. Su evolución de pensamiento, su aprendizaje vital, ha quedado reflejado en la novela con cuatro pinceladas de forma certera.*

J. M.: Lo que pasa con los personajes secundarios es curioso. Ya he dicho que no me gusta hablar de la faena, pero hay algunos aspectos que no dejan de asombrarme, y uno de ellos es el de cómo los personajes secundarios, que normalmente están concebidos porque notas que los protagonistas necesitan un contrapunto, crecen por su cuenta. Es decir, yo necesitaba un amigo para David. Normalmente le asigno un papel a ese tipo de personaje, que sirva de apoyo para informar al lector de ciertas cosas, o de apoyo del tema central. Pero el personaje acaba desmintiendo ese cometido que tú le das y crece por su cuenta. Para mí ése es uno de los momentos más interesantes del trabajo. Ves cómo se yerguen y exigen su propia vida y su papel, que puede llegar a ser muy distinto del que le habías otorgado. Y el

caso de Paulino Bardolet es exactamente ése. Se me fue creciendo: vi a sus padres, le vi metido en el atolladero de su tío, que lo masacra. Vive su propio drama al lado del protagonista, que tiene otra historia, pero de alguna manera ambas historias se equilibran. Paulino va a parar al Asilo Durán y el otro está a punto.

M. M.: *¿Qué opinas del memorialismo como género literario?*

J. M.: Las memorias me interesan en función del personaje que escribe, claro está. En este país se han dejado de reflejar cosas de los años de la dictadura que podemos rastrear en algunas memorias.

J. G.: *¿Recuerdas algunas que te hayan interesado especialmente?*

J. M.: De lo último que he leído recuerdo las memorias de Carmen Baroja, *Una mujer del 98*. Y también un libro de Jesús Pardo, *Autorretrato sin retoques*. Las que son frustrantes a más no poder son las memorias de Fabián Estapé. No cuenta nada, y lo sabe todo de la época franquista. Pero, en definitiva, el memorialismo es un género literario que me interesa. Carlos Barral nos dejó tres libros de memorias extraordinarios.

M. M.: *En Rabos de lagartija escribes: «Y es que todavía me cuesta hacerme entender». ¿La novela perfecta es una quimera?*

J. M.: Yo creo que sí. Y está bien que sea así, incluso.

M. M.: *¿Te sientes escritor insatisfecho? Te hago esta pregunta porque gustas de revisar y reelaborar tus textos.*

J. M.: No, no. Es una pregunta difícil de contestar. Si uno es un poco honesto tiene que contestar que cada libro, al final, es un reflejo bastante pálido de lo que te habías propuesto. Te quedas a la mitad de lo que te propones. Yo siempre pienso que va a ser un libro cojonudo, si no ¿de dónde sacaría la energía para meterme en esos embolados? Peor, al final, mientras resulte algo de lo cual no me tenga que avergonzar, ya me doy por satisfecho.

M. M.: *La crítica literaria casi siempre te ha sido favorable: ¿cómo entiendes la labor de los críticos? ¿Cuál debe ser su función?*

J. M.: Se supone que la función del crítico es la de llamar la atención sobre aquello que él considera interesante y sugerir determinados aspectos

que él considere que merecen la pena de la obra de un autor. A su vez, considero que la buena crítica literaria es un tipo de literatura muy importante. En definitiva, el crítico debe estimular la lectura, por decirlo así. Por otra parte esas mismas cualidades son las que debe tener un buen profesor de literatura, que además de explicar a sus alumnos debe despertar en ellos el interés por la lectura.

M. M.: *Cada vez que publicas una nueva novela (por lo que he leído desde Un día volveré, publicada en 1982), buena parte de la crítica habla de compendio y suma de tus temas y motivos característicos, etc. ¿Tú crees que esto es decir sutilmente que te repites?*

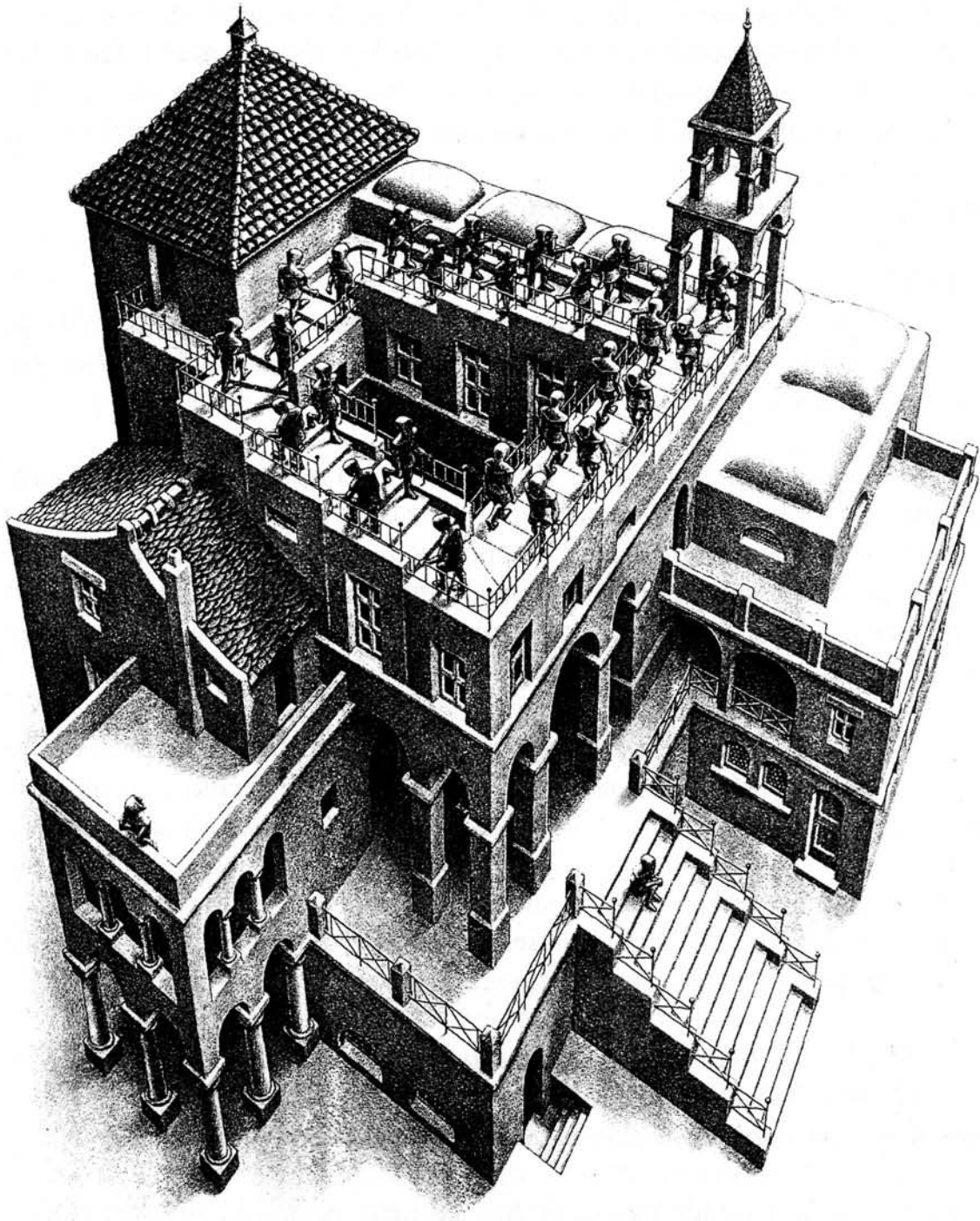
J. M.: Es una visión un tanto simplista, sí. No me quejo de la crítica y, además, no tengo por qué quejarme. Tú lanzas un libro por ahí y tienes que aceptar todo tipo de opiniones. No me quejo porque haya tenido críticas negativas. Más bien, me quejaría de una especie de simplicidad y de esquematismo a la hora de analizar los libros. Creo que se podría hacer algo un poco más sugestivo, ir un poco más allá.

M. M.: *¿Te sientes autor relegado a un segundo plano en lo concerniente a estudios de tu obra por parte de la universidad española, o es un tema que te trae sin cuidado?*

J. M.: Es un tema que me trae sin cuidado, sí. Pero yo he recibido a cantidad de estudiantes, y sigo recibiendo. No sé hasta qué punto se puede hablar de que es mucho o es poco, pero en cualquier caso me da igual.

M. M.: *Y ya para terminar, en el libro de entrevistas Infame turba (1971) de Federico Campbell tu diagnóstico de la sociedad española era muy negativo. ¿Qué opinas de la sociedad actual?*

J. M.: La sigo viendo muy mal. Soy bastante pesimista en este sentido. Fue y sigue siendo un desastre, y en algunos aspectos este desastre se ha multiplicado. Este es un país profundamente inculto. Aquí nadie se preocupa por la cultura, los políticos nunca hablan de eso, pero la incultura campa a sus anchas por el país. No hay más que echar un vistazo a la televisión para darse cuenta. Todo aquello que tiene que ver con un reflejo de la realidad del país me parece de una burricie, de una estulticia tremenda. Es también un país en el que el racismo está arraigando de una manera que muchos no quieren ver, y ya no digamos nada de la injusticia de la sociedad en general (por la desigualdad, etc.). Veo un panorama muy negativo, sí.



Escher: *Montée et Descente*, lithographie, 1960.